

Una biografía en el sombrío siglo xx

José Woldenberg

Batia Cohen ha escrito un libro con nervio, pasión e inteligencia. Un libro emocionante, vivo, reflexivo. La reconstrucción de una historia singular que bien puede ejemplificar la tragedia que vivieron los judíos durante la Segunda Guerra Mundial en la zona que hoy ocupan Polonia, Lituania, Bielorrusia. Fruto de sus conversaciones en México con una sobreviviente del holocausto, Szura Pupko; de una investigación profunda sobre los acontecimientos de aquella época negra, de una sensibilidad capaz de ponerse en los pies del otro y de un talento narrativo al mismo tiempo crispado y meditado, *Una amapola entre cactus* es un testimonio descarnado de todo aquello de lo que es capaz la naturaleza humana. Una recreación del infierno en la tierra. Y también de la voluntad de vivir.

El relato es una remembranza, un intento por preservar la memoria, un esfuerzo por descifrar aquel apocalipsis que trasmuto la vida en un campo de terror y exterminio. Szifra Bernstein —primer nombre de la protagonista— nace el 7 de noviembre de 1914 en Vilno, entonces Polonia. Europa está en guerra y su vida será marcada por ese acontecimiento y por la Segunda Guerra. Su madre muere menos de un año después, por lo que la niña va a vivir con sus abuelos maternos a Anyksht, Lituania. Se convierte así en hija de sus abuelos y la imposibilidad de cruzar las fronteras hará que no sea hasta los doce años de edad que conozca a su verdadero padre.

La zona es el espacio de la cultura idish que se reproduce en medio de la convivencia y segregación con “otros”. Lituanos, polacos, rusos, alemanes habitan ese espacio, y las comunidades judías pueden un día ser parte de Alemania y al otro de la Rusia zarista, de una Lituania independiente o de

una Lituania anexada. Pero en el ambiente flota y de pronto estalla la pulsión antisemita, los pogroms, que arrasan con escuelas, casas, sinagogas y por supuesto personas, en actos de venganza irracional contra aquéllos a los que se considera portadores de todos los Males. El miedo, entonces, es parte del ambiente en el que transcurre la vida cotidiana y, por ello mismo, no es difícil entender la emergencia de muy diferentes proyectos de emancipación judía: desde el sionismo con todas sus coloraciones hasta el comunismo ortodoxo, desde las corrientes ilustradas que propician la asimilación hasta el Bund que intenta preservar la cultura judía en el marco de un programa socialista.

Pero ése, en todo caso, es el marco general. Batia Cohen reconstruye la trayectoria de una persona —en singular— y eso emparenta al testimonio con una novela. Las relaciones cálidas con sus abuelos/pa-

dres, el reencuentro por carta primero y luego físico con su verdadero y lacónico padre, su madrastra, su media hermana; su asistencia a la escuela, las festividades religiosas. Entiendo que la primera entrevista entre la autora y la protagonista se dio cuando esta última tenía ochenta y cinco años y a partir de entonces se sucedieron los encuentros. Se trata de la añeja pulsión por mantener la memoria viva, por intentar que el pasado no se borre por completo, por darle a la vida un sentido que sólo puede extraerse de las historias de quienes nos precedieron. Y en ese sentido el libro cumple —y con creces— lo que promete.

El testimonio es conmovedor porque reconstruye al mismo tiempo las aventuras/desventuras de una niña/joven/mujer y el desarrollo y altibajos de su propia subjetividad. No es sólo la narración de episodios que en sí mismos tienen una enorme expresividad, sino que también incluye la sensibilidad, los valores y la inteligencia de la protagonista que va modulándolos. Ejemplos: el paso clandestino a Polonia para reencontrar al padre, la deportación en un tren cuyo destino final son los campos de exterminio y del que salta para salvarse o la incorporación a un campamento de la resistencia judía, en sí mismos podrían dar para una saga de aventuras. Sin embargo, Batia Cohen, al utilizar la primera persona del singular para narrar, al transformarse en la propia Szura, combina los acontecimientos y la reflexión, la sensibilidad, la calidez.

La protagonista llega a Vilno, entonces Polonia, con su padre. Se trata de una gran ciudad, de un espacio donde conviven dos o tres mundos separados. En el gueto judío se encuentra la Gran Sinagoga “capaz de albergar a más de cinco mil creyentes”, diversas instituciones religiosas, pequeños co-



mercios, mercados, un universo que vive y palpita en idish. Ella, que procedía de un pequeño *shtetl*, queda arrobada por el bullicio, el movimiento, la febril actividad. Pues bien, la tragedia mayor de la Segunda Guerra Mundial, lo sabemos, fue el exterminio de ese mundo. Si bien Hitler y sus secuaces fueron al final derrotados, el nazismo se alzó con un triunfo: el mundo judío de esa zona, que hablaba y se reproducía en idish, fue barrido. Un solo dato: si en 1939 había en Polonia alrededor de tres millones de judíos, hoy subsisten alrededor de mil. Y el idish, aunque duela decirlo, es un idioma en extinción.

Batia Cohen opta, con razón, por mezclar la vida privada e incluso íntima con la vida pública de Szura. De esa manera el personaje se vuelve multidimensional, que-rible, entrañable. Sus dos amores son Judko Eksztejn, que migrará hacia Palestina, y Sioma Pupko, con quien se casará, vivirá los más difíciles episodios para finalmente establecerse en México. Esas evocaciones per-

sonales, en ocasiones cándidas y en otras calculadoras, hacen del relato una especie de caleidoscopio en el que el entorno explica muchas de las decisiones de Szura, pero también cómo sus “apuestas” van construyendo o modificando su propia historia.

Szifra, cuando se casa con Sioma, se incorpora a una vida desahogada en la que no faltan los lujos. A su nueva familia su propio nombre le parece vulgar, por lo que la transforman en Szura. La recreación de las relaciones familiares, ese microclima, cargado de solidaridades y tensiones, de intrigas y rencores sordos, es otro de los hallazgos del texto. Nada de idealizaciones vanas, de papilla sentimentaloides, mejor un trazo duro pero comprensivo. La existencia de Szura previa a la guerra, colorida, optimista, despreocupada, se convierte en un alto contraste con lo que sucederá después. Y hace aún más dolorosa la traumática mutación que significó la guerra.

La muerte del abuelo/padre en 1938 será una especie de anuncio de la tormenta

que se asoma. La invasión de Polonia el primero de septiembre de 1939 inicia no sólo la Segunda Guerra Mundial, sino los masivos desplazamientos humanos en busca de su sobrevivencia. ¿Conviene esperar el avance de los alemanes o intentar refugio en la Unión Soviética? El desconcierto es total, el mundo y sus certezas se desploman y hay algo azaroso en la desembocadura de cada vida. Aquel pacto de la ignominia entre nazis y soviéticos que desapareció de un plumazo a Polonia mostró, para el que quisiera verlo, los extremos a los que condujeron las pretensiones imperiales de los dos totalitarismos del siglo xx.

La anexión rusa en un principio les permite seguir administrando la fábrica de cerveza de la que son propietarios; luego la confiscarán, hasta que acaban como refugiados en Vilno. Pero Lituania —por un breve espacio independiente— será anexada a la Unión Soviética y Sioma será aprehendido y acusado de traición. De milagro se salva de ser ejecutado y a partir de



Szura Pupko



Szura, Sioma y Masza Pupko, octubre de 1947

ese momento estamos frente a una historia de aventuras, si la palabra no remitiera a esa subliteratura insulsa, ficticia —en el peor sentido de la palabra— dedicada al entretenimiento.

No. Las peripecias de Szura y Sioma y su pequeña hija en medio de la mayor conflagración guerrera en la historia de la humanidad, de asesinatos masivos en los que pierden la vida sus propios familiares, de pogroms desatados para saquear y humillar, de grandes olas humanas que se desplazan por los territorios como sonámbulas en busca de refugio, son como las gotas de agua que permiten apreciar la composición del mar. Un género humano que es capaz de todo. El padre de Szura, médico, que morirá en medio de un linchamiento masivo, dice: “No puedo creer lo que nos está sucediendo en Niemencine, mi amado pueblo. Reconozco el rostro de muchos de quienes nos golpean, pero no entiendo. Fueron cercanos, los atendí, algún día conversamos alegremente como vecinos. ¿Qué demonios les ha pasado? ¿De dónde aflora tanto odio?”.

En Lida, bajo el dominio nazi, Szura y su familia serán convertidos en sirvientes. Pero es mejor que ser recluidos en el gueto, en donde las condiciones de insalubridad, la asfixiante aglomeración, la falta de alimentos, los malos tratos devastan a sus habitantes. No falta quien colabora para salvar la vida, quien se prostituye para no morir. Los resistentes ejecutan a algunos soldados nazis, y éstos responden con fusilamientos masivos. La historia entonces no es de fácil lectura. No se puede avanzar de corrido. *Una amapola...* no se puede leer impunemente. Se convierte en una escalera descendente en la que en cada uno de sus peldaños la sevicia se va expandiendo.

La descripción del hacinamiento, la desesperación y la desesperanza que se producen en los vagones de ferrocarril en los que Szura, Sioma y su hija son transportados hacia su fin resultan difíciles de digerir. Y su salvación no dejará de tener un sabor amargo, al conocer que la hija del hermano de Sioma no saltó con ellos y que será asesinada en el campo de exterminio.

Reproduzco la escena:

—Mitzia... traté de jalarla conmigo —intentó explicar mi marido—, yo quería que saltara conmigo, ella no quiso, no hubo forma de convencerla, se aferró a la señora Weksler. Cuando ustedes se lanzaron, oímos disparos y pensamos que los habían matado. Ella estaba aterrorizada y no hubo manera de que brincara. Pateaba y golpeaba. Estaba fuera de sí, no pude convencerla... los minutos corrían y ella se quedó en el tren.

—Debiste haberla empujado, debiste haberla hecho saltar —dijo Mitzia furioso, decepcionado, con reproche.

—Fue imposible, te lo juro, Mitzia.

—Lo dices porque no es tu hija...

Roza (la esposa de Mitzia) gemía inconsolable.

—¡No puedo verte ni un minuto más! —espetó Mitzia—, no puedo estar contigo, no quiero mirarte.

Sioma se quedó sin habla, no supo qué decir, su hija estaba con él, pero su sobrina no. Noya se había quedado en el tren a merced de los nazis...

Llegarán a un campamento de partisanos judíos, encabezado por los hermanos Bielski, donde estarán hasta el final de la guerra. Y si bien se trata del refugio en el que logran salvar la vida, Szura/Batia no convierte a esa comunidad en un universo idílico, sino otra vez, en un espacio cruzado por la solidaridad y las más pequeñas y grandes mezquindades. Szura llega a decir: “Habíamos escapado del odio alemán para encontrarnos ahora con la soberbia antipatía de nuestros correligionarios”. Cuando un campesino de la región traiciona una misión, “esa misma noche un grupo de partisanos se dirigió a casa de aquel hombre, a fin de incendiar su propiedad. Era la ley de la selva, la forma de ganarse respeto”. Estamos hablando de la auténtica guerra, la que transcurre sin afeites ni tontos embellecimientos.

Incluso el fin de la guerra trae aparejada una estela de violencia y desaliento. Libres al fin, los alemanes en retirada, el jefe guerrillero, Tuvia Bielski, “nos ordenó no llevar ningún objeto del campamento, únicamente lo indispensable, quería enaltecer nuestra imagen como guerrilleros”.

Un hombre llamado Polonecki tomó una carreta y empacó cosas para llevar... Nuestros guardias, al pendiente de cualquier movimiento, detectaron el *drosky* lleno de objetos y lo acusaron con Tuvia. El *komandir*, autoritario, le exigió dejar la carreta, pero el hombre lo desafió, seguiría jalándola. Tuvia no tuvo miramientos, frente al lago Kremin, le devanó los sesos de un balazo. El hombre cayó a los pies de su mujer y su hijo...

...Había abusado de su poder cuando ya no era necesario, cuando el enemigo había sido vencido.

La barbarie en las filas propias. Porque la violencia, una vez desatada, envilece a todos.

El regreso supone enfrentar las “casas quemadas, los edificios colapsados”, la estela de destrucción; las propiedades expropiadas por los vecinos que al calor de la guerra han optado por quedarse con los bienes de quienes han tenido que huir para salvar la vida. Y el retorno también supone encarar la sombra de los muertos, los desaparecidos y los contados sobrevivientes. “En pleno invierno llegamos a Lublin —dice Szura—, era febrero de 1945. Olía a cenizas y muerte. Saldos humanos demacrados y macilentos, con el alma hecha pedazos, deambulaban por las calles de la ciudad. Hombres, mujeres y niños llevaban auestas el lastre de los incomprensibles horrores padecidos en los campos de exterminio nazis. En realidad, apestaba a putrefacción, a humo de huesos humanos calcinados en el vecino campo de Majdanek...”.

Se trata del fin de la guerra. Pero en el terreno de los acontecimientos es imposible vivirla con la algarabía que se vivió en las calles de Nueva York.

Al final, hay que rehacer la vida después del cataclismo. Szura y su familia son por algún tiempo nómadas de la posguerra. Residieron en Bucarest, Praga, Austria, Italia, Bélgica, antes de que sus familiares en México les consiguieran las visas para viajar a estas tierras. Pero ésa... es otra historia. **U**

Batia Cohen, *Una amapola entre cactus*, Khálida Editores, México, 2012, 302 pp., más fotografías.